OCTUBRE.

MADRID SE ILUSTRA.

La suma importancia del acontecimiento del año, ó más bien del siglo actual; la grande *Exposicion Universal* terminada en Lóndres el dia 15 de este mes, y la descripcion detallada é *ilustrada* que de aquel inmenso espectáculo ha dado *La Ilustracion* á sus lectores, nos ha robado el espacio para atender y reseñar en debido tiempo los otros sucesos del dia, que si no pueden compararse á aquél en importancia, tienen para nosotros el interes de las cosas propias, el grato saborete indígena *ó de casa.*

Por aquella perentoria razon hubimos de pasar en silencio en la primer semana del mes que termina la solemne ceremonia de la apertura de los Estudios universitarios, celebrada el dia 1.° en el nuevo edificio de la calle Ancha de San Bernardo;—acto imponente y majestuoso, que todos los años excita el mayor interes, especialmente en las antiguas y celebradas aulas de Salamanca, Valencia, Sevilla y Granada; pero que pasa como uno de tantos en la capital del Reino, que apénas sabe que encierra entre sus recientes adquisiciones la celebrada Universidad Complutense, gloria del gran cardenal *Cisnéros.*

Nuestra moderna *central*, aunque la más concurrida del reino por reunirse en ella estudios de todas las facultades y hallarse situada en la córte y pueblo de mayor vecindario; y á pesar de poder ostentar un edificio construido nuevamente, vasto y decoroso, y ver acompañados todos sus actos del mayor aparato y ostentacion, con asistencia del supremo Gobierno, numeroso y lucido claustro y brillante concurrencia de espectadores, todavía, sin embargo, carece de fisonomía propia, y de aquella severidad clásica que distingue á las antiguas fundaciones de Salamanca y Valladolid, y que á nuestros ojos hacía tambien respetables é interesantes las bóvedas y claustros de San Ildefonso de Alcalá.—Esta respetable investidura, aquel suntuoso y sagrado carácter, no lo reciben generalmente los establecimientos, como los hombres, con títulos y honores improvisados, con gracias y mercedes como llovidas del cielo;—lo imprimen los siglos, las numerosas páginas de una historia esclarecida, y el orígen excelso, enlazado las más veces con los grandes acontecimientos nacionales ó con los personajes heroicos del país.

Y como nada de esto puede aún ostentar nuestra prosaica Universidad Matritense; como su existencia en nuestros muros no prueba más que un capricho ó un cálculo más ó ménos fundado de los Gobiernos, su edificio incompleto no recuerda más que la innecesidad de haber destruido el bello del Noviciado, que siquiera tenía carácter y tradiciones propias, y que ampliado como pudo haber sido, habria bastado á su nuevo destino, á nuestro modo de ver, con ventajas sobre el actual;—y el aparatoso claustro, en fin, y la mucha concurrencia estudiantil no suscita en la mente otra idea que la duda, por lo ménos, de la utilidad de haber aumentado de este modo con el refuerzo de toda la juventud de la capital el contingen-

te de futuros letrados, teólogos y médicos;—de haber destruido *ab irato* la vitalidad de un pueblo célebre á las puertas de Madrid;—de haber gastado sumas inmensas en la construccion del edificio; sumas que hubieran bastado ámpliamente para hacer un ferro-carril de Madrid á Alcalá, si se querian tener las aulas á media hora de distancia:—por todas estas razones, y algunas otras que omitimos, la Universidad Central, que imprime su nombre á un distrito de la villa, carece aún de importancia propia; excita escasas simpatías, y está muy léjos de dar á aquel mismo distrito la fisonomía escolar que presta al *Cuartel latino* de París la antiquísima *Sorbona.*

Pero basta de estudios, y pasemos á recordar otros sucesos del mes de Octubre; de este mes de grata transicion entre el estío y el invierno, entre los placeres del campo y los no ménos sabrosos de la córte y la ciudad.

Restituida á sus hogares la parte más vital y más brillante de nuestra sociedad matritense, que á falta de *châteaux* y de *villas* en nuestra árida campiña, corrió á principios del verano á buscar sensaciones diversas á las playas del Océano Cántabro, á los jardines de San Ildefonso, á los baños termales ó á los pajizos techos del Cabañal;—y reforzada ademas con la emigracion extranjera (este año mucho mayor que los anteriores con motivo de la Exposicion de Lóndres), vuelven en este dichoso mes á reanudarse las relaciones amorosas interrumpidas; á tomar cuerpo las combinaciones políticas aplazadas; á cultivarse los placeres de las artes y la sociedad.—Se preparan salones donde ostentar las bellas sus encantos; se inauguran teatros donde ganen los artistas coronas sin ducados, y ducados sin coronas; se inventan modas, y se aprestan, segun las diversas condiciones, nuevas fuerzas

para la nueva campaña política, amorosa ó industrial.—Por resultado de ella habrémos presenciado desde el uno al otro equinoccio algunas reputaciones improvisadas;—algunas fortunas hundidas;—tal cual astro nuevo de vivo esplendor en el cielo de la hermosura;—tal cual vuelta rápida en la rueda de la fortuna;—media docena de leyes nuevas elaboradas á grande orquesta;—dos ó tres ministerios salidos del cáos ó hundidos por escotillon.

De todo esto hemos empezado á tener un poco en el mes de Octubre.—Ya nuestros teatros, desde el más elevado y aristocrático hasta el más humilde y vergonzante, abrieron sus puertas á la numerosa concurrencia.—Tenemos, pues, teatro español, teatro italiano, teatro andaluz, y en la próxima semana tendrémos teatro frances.—No se puede pedir más.—Ópera séria, ópera cómica, comedia de rostro feo, de risa, de magia, de susto y de pañuelo en mano,—bailes campestres y de campaña, monos sabios, perros inteligentes, ratas maravillosas, caballos, toros, y demas artistas *de escuela.*—Los espectáculos se multiplican hasta el extremo de que, no bastando el número de concejales para presidirlos, ha dispuesto el Gobierno (á nuestro ver con mucho acierto) que los presida el sentido comun.—Las sociedades de bailes á escote y de amor á cielo raso crecen asombrosamente;—las taurómacas de aficionados progresan;—los panoramas, cosmoramas, neoramas, dioramas, europonamas é industrioramas caen como llovidos del cielo;—y hasta por calles y paseos, por plazas y cafés se ve el pueblo madrileño acariciado por ambulantes prodigios de arpas y teclados; voces inverosímiles de artistas *di cartello;* fenómenos prodigiosos de fuerza y destreza, y en las altas horas de la noche, *parejas luminosas* de *vigilantes* de farol en cinto, que tambien tienen que ver.

La alta sociedad, sin embargo, no ha abierto todavía

sus salones, que generalmente se inauguran otros años con los suntuosos bailes de Palacio en los dias de Sus Majestades, 4 y 10 de este mes.—El estado interesante de nuestra Reina, y el cuidado que reclama una salud y una esperanza tan grata para todos los españoles, han hecho suspender por este año aquellas magníficas solemnidades, que en semejantes dias eran la señal de la apertura de la nueva estacion.—Tambien en el pasado reinado se celebraba por los mismos dias y con la propia solemnidad el natalicio del Monarca (dia 14), y el dia 1.° del mes, el aniversario de su salida de Cádiz, con gran regocijo del cuerpo de Voluntarios realistas, que asistia en semejante dia á dar la guardia al palacio del Escorial, donde solia estar la córte á la sazon.

En aquella *ominosa década* y en uno de aquellos *llamados* años, hubo tambien (en 1826, si no estamos trascordados) un *jubileo* solemne de *año santo*, semejante al concedido cada 25 años por su Santidad, y que ha dado principio en el arzobispado de Toledo en 5 del actual por treinta dias consecutivos.—Pero entónces, como la ostentacion de religiosidad era lo que ahora la ostentacion de patriotismo—un medio de medrar—fué mucho más suntuosa la representacion de aquel santo jubileo, y apénas hubo persona alguna, desde el Monarca hasta el último mendigo, que no tomase parte en él.—Las congregaciones y cofradías religiosas (que eran entónces las únicas asociaciones posibles y pasaban de doscientas); los consejos y tribunales supremos é inferiores; las oficinas públicas; los colegios y enseñanzas; y todos los demas establecimientos, el clero, la guarnicion y el vecindario, asistieron en numerosas y lucidas procesiones á visitar las iglesias marcadas, á presenciar las funciones solemnes celebradas en ellas á sus expensas.—Todo esto era muy vistoso y socorrido para cereros y sacristanes; pero ahora,

en estos tiempos *no ominosos*, de atrasos de pagas y descuentos proporcionales, de contribuciones de cuota fija y de subsidio piramidal, hubiera sido arriesgado el ensayar en tan grande escala aquellas preces solemnes; y por eso han estado limitadas á la procesion del clero, ayuntamiento y cofradías, verificada el domingo 19 bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo; y á las parciales de algunas congregaciones religiosas, que han hecho privadamente despues la santa visita.

Ya que el giro de nuestro presente artículo nos ha conducido como por la mano á consideraciones religiosas, no podemos concluirle sin traer á la memoria la muerte de dos personas notables en diversos tiempos y por diversos conceptos, ocurrida en este mes que reseñamos.—La primera, acaecida el dia 8 en París, es la del decano de nuestra historia política contemporánea, *el Príncipe de la Paz D. Manuel de Godoy;*—la segunda, el dia 11, en Madrid, la del primer actor de nuestro teatro nacional, *don Cárlos Latorre.*—Elevado personaje el primero en la escena política, aunque jubilado y retirado de ella hacía ya cuarenta y tres años, apénas ha excitado su muerte la curiosidad de la generacion actual, que sólo le ha conocido en los libros; el segundo, justamente encumbrado á un alto puesto artístico, deja en nuestra escena un vacío por ahora irreparable y una triste sensacion en nuestra memoria.

¿Quién hubiera predicho al serenísimo Príncipe de la Paz, al Gran Almirante, Generalísimo y Ministro universal de España é Indias; al Duque de la Alcudia y de Evora-Monte, Señor del Soto de Roma y de la Albufera de Valencia; á aquel que podia llenar de sus títulos cien pergaminos y veia pendiente de su cuello la régia insignia del Toison de oro y todas las grandes condecoraciones de Europa;—al poderoso valido, ó más bien dueño de sus

reyes;—quién le hubiera dicho que desde sus palacios de Buenavista ó de doña María de Aragon, donde regía á su antojo los destinos de veinticinco millones de hombres en ambos mundos; donde guardias especiales custodiaban su persona ó abrian paso á su carroza régia; donde los primeros magnates del reino asistian todos los *miércoles* á su córte y se disputaban una mirada ó una sonrisa de su augusta faz; donde hasta los mismos monarcas venian á visitarle como pariente ó amigo; quién le hubiera dicho, repetimos, que á casi medio siglo de distancia habia de acabar su abandonada y triste vejez en una reducida habitacion de la *rue Michaudière, núm.* 20, *cuarto tercero*, y en un *miércoles* tambien, y servido únicamente de una cocinera y un ayuda de cámara?

Nosotros le hemos visto, á aquel coloso que vieron nuestro padres regir omnímodamente durante quince años los destinos de la monarquía y ostentar los tesoros del Nuevo Mundo, reducido á la triste pension de *seis mil francos* que le señaló Luis XVIII, viviendo pobremente en un piso cuarto, y tan resignado, al parecer, con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida, que no era difícil hallarle sentado en una silla de los jardines del Palacio Real ó de las Tullerías, entretenido con los niños que jugaban, recogerles los aros ó las peonzas, prestarles su baston para cabalgar, ó sentarles sobre sus rodillas para recibir sus caricias infantiles.—Otros de sus comensales en dicho jardin solian ser los cómicos de provincia que se reunen allí, como en Madrid en la plazuela de Santa Ana, los cuales solian tomarle por un actor jubilado ó un aficionado veterano; y le conocian únicamente por *Monsieur Manuel*, no figurándose jamas que sobre aquella hermosa cabeza habia descansado una corona efectiva de príncipe; que aquellos hombros, hoy encorvados, habian llevado suspendido un manto verdaderamente regio; que aquel

anillo que áun brillaba en su mano era el anillo nupcial que colocára en ella una nieta de Felipe V y de Luis XIV! —Viendo su sonrisa placentera, su benevolencia é interes, ¡cuántas veces llegaron á proponerle una plaza de *regiseur* ó una covachuela de *apunte* al mismo á quien habian obedecido ejércitos y armadas, que habia hecho la guerra á la gran República, y que habia celebrado tratados de potencia á potencia con el grande Emperador!

Ciertamente que la suerte singular de este hombre, tanto en su rápida y asombrosa elevacion, como en su profunda caida y dilatada agonía, es notabilísima en los anales de la Historia.—La nuestra especialmente, tan próvida en azares de esta especie, no presenta, sin embargo, uno idéntico en ambos casos.—Don Alvaro de Luna y don Rodrigo Calderon, muriendo en un cadalso en las plazas de Valladolid y de Madrid, concluyeron lógicamente su trágica historia;—Antonio Perez, sublevando el reino, é intrigando en los extranjeros contra su perseguidor, sólo se le parece en haber dejado sus huesos en la vecina capital francesa;—el Conde-Duque de Oliváres y el de Lerma, refugiados en sus Estados ó bajo la sagrada púrpura romana, apénas sobrevivieron á su desgracia;—el P. Nithard, D. Fernando Valenzuela, Alberoni, Riperdá, la Princesa de los Ursinos y el Marqués de Esquilache, todos murieron alejados, sí, del teatro de sus triunfos, pero no olvidados, ni anulados completamente en grandeza política.—Godoy solo ha arrastrado durante casi medio siglo una existencia incógnita y miserable, en presencia de los grandes acontecimientos europeos, y sin figurar en ninguno de ellos, ha sobrevivido á su propia historia; ha oido los juicios de la posteridad; ha asistido á sus propias exequias, y ha visto indiferente el olvido de tres generaciones.—Sólo su muerte á los 84 años de su edad, y 43 de su caida, volvió á hacer resonar su nombre por un mo-

mento y á revelar á la capital vecina su existencia en ella:—¡solos algunos españoles, testigos de aquella respetable ruina, acompañaron su cadáver á la bóveda de San Roque, donde fué depositado miéntras se traslada á su patria!—¡Sólo las presentes líneas ha merecido á la prensa española la memoria del *Príncipe de la Paz!*..... (1).

Algo más justa y deferente ha andado con la del grande actor que sucedió á *Isidoro Mayquez* en el coturno escénico, *D. Cárlos Latorre*, que falleció el dia 11.—Su cadáver fué conducido á la última mansion con un numeroso acompañamiento de poetas y actores, que en artículos necrológicos y en discursos y composiciones improvisadas sobre su tumba consignaron la simpatía popular hácia el eminente artista que tan dignamente supo interpretar las altas creaciones de Melpomene y de Talía.—No lo extrañamos.—La pérdida del grande actor es irreparable por ahora, miéntras que la del gran personaje político no ofrece vacío alguno.—Con efecto, desde la caida de Godoy, ¡cuántos y cuántos ídolos no hemos visto encumbrados por la fortuna, cuántos ministros y favoritos del poder!—Todos mal ó bien representaron su papel respectivo; todos, como Godoy, brillaron más ó ménos en el gran teatro político cortesano; pero muerto Latorre (que heredó de Mayquez el cetro y el puñal de Melpomene), ¿quién suplirá su ausencia en la escena patria?—¿Quién se encargará de interpretar dignamente las grandes creaciones de la musa trágica, *Edipo, Pelayo, Marino Falliero, Angelo, Otelo, Oscar, Alfonso el Casto, el Rey loco, y el Justiciero?*

(1) Estos párrafos, que dediqué en 1851 á la muerte de Godoy, los he reproducido en las *Memorias de un Setenton*, al reseñar el alzamiento de 19 de Marzo de 1808.

NOVIEMBRE.

MADRID SE ABRE.

«Dichoso mes, que entras con Todos Santos, medias »con San Eugenio y acabas con San Andres.»—Así decian nuestros abuelos en aquellos tiempos felices en que no se conocia otro calendario que el religioso, y en que las festividades de la Iglesia eran los únicos puntos que marcaban las diversas épocas del año en tal era de apacible tranquilidad y beatitud.—Ahora, bendito Dios, es otra cosa.—La vida pública y los derechos imprescriptibles, que hemos adivinado y ganado á fuerza de pulmones y de tinta, nos marcan en cada mes, en cada semana, en cada dia, nuevas ocasiones en que lucirnos, nuevas solemnidades en que regocijarnos, fuera de aquellas en que, como todo fiel cristiano, estamos obligados á tener devocion.

El mes que termina, por ejemplo, ha sido una buena prueba de estas conquistas de nuestra moderna cultura, y nos ha presentado á manos llenas ocasiones brillantes en que hacer suntuoso alarde de aquellos soberanos derechos civiles, amén de los religiosos deberes á que la santa Iglesia nos invita, en más de una solemne ceremonia.

Abriéronse en 1.° del mes las urnas electorales para recibir los votos simpáticos de los electores hácia aquellos

de sus convecinos que juzgaban dignos de representar á la heroica villa en las procesiones y fiestas públicas, en la plaza de toros y en la casa consistorial;—y no hay que decir el placer inefable, el entusiasmo y orgullo con que todos acudiriamos á ejercer el acto sublime de depositar en *la urna de la opinion* aquella papeletita que nos circularon las comisiones del barrio con los nombres de los ciudadanos que la dicha *opinion* designaba de oficio, y que obtenian las mayores simpatías hasta de los electores que jamas los habian oido nombrar.—Primera *apertura* del mes; primer *derecho* cumplido.

Aquel mismo dia, víspera del otro en que la santa madre Iglesia hace la conmemoracion de los fieles difuntos, abrieron tambien sus fúnebres salones para recibir las visitas de deudos y amigos; y los sagrados templos para escuchar las plegarias por su eterno descanso.—Unos y otros estuvieron concurridísimos, y en unos y otros brillaron por su modestia la fe y la devocion de una parte del pueblo, sobre el fingido aparato y las demostraciones de la vanidad arregladas al último figurin.—Aquéllos, animados de una verdadera ternura, de una sincera piedad, regaron con sus lágrimas la modesta huesa donde yacen en comun las prendas de su cariño;—éstos, movidos más bien por el orgullo mundanal, adornaron con festones y coronas las marmóreas tumbas de sus parientes, hicieron quemar delante de ellas fúnebres antorchas, y enviaron á sus lacayos y dependientes á llorar de ceremonia y vestidos de gran gala.—Todos, sin embargo, y cada cual á su manera, usamos de este derecho, del derecho de contemplar nuestra última mansion, y visitamos con preferencia aquellos de estos *establecimientos*, que por su mayor lujo ó por su moderna construccion están más *en moda;* que hasta en ellos la fútil deidad ha llegado á extender su poderío.

Tras de esta segunda *apertura* del mes, vino á los dos dias siguientes la de la representacion nacional, exornada con el aparato correspondiente, y ha seguido desde entónces ofreciendo sus funciones diarias y á grande orquesta, con entradas llenas, y salidas..... vacías hasta ahora de cosa de provecho, á no ser la de haber permitido á nuestros padres ejercer el derecho imprescriptible de cansar sus pulmones y mostrar que estaban *en voz*.

La *apertura* del teatro frances, verificada en los mismos dias, llamó al antiguo coliseo de la Cruz á toda la concurrencia *comm'il faut*, y merced á cuatro pesetas por la luneta—(léase *stalle*),—y otras tres por un par de guantes pajizos, todos pudimos hacernos la ilusion de creernos transportados por algunas horas á la *rue Richelieu* ó al *boulevard des Italiens;* ilusion por cierto de que volviamos rápidamente al hallarnos á la salida del teatro en el antiguo callejon del Gato ó en el estrecho albañal de Majaderitos.—Pero de esta apertura, y de las demas funciones públicas no queremos ocuparnos, por haberlo ya hecho en su tiempo todos los periódicos de Madrid, incluso el nuestro, y no ser tampoco ésta la especialidad del artículo actual.

Tambien la sociedad literaria tuvo su *apertura* por aquellas calendas en la solemne inauguracion de las cátedras del Ateneo, que tienen el privilegio de atraer á sus salones, desde la instalacion del mismo en 1835, la parte más escogida de la sociedad política y literaria de la córte; y á la verdad que este año debió quedar altamente satisfecha con el admirable discurso inaugural pronunciado por el Sr. D. José Joaquin de Mora, uno de los pocos restos venerables que ya quedan de los tiempos en que el saber no se improvisaba, sino que era fruto de profundos estudios, vigilias y tareas.

Por último, hasta la plebe infeliz, hasta el pueblo sen-

sual y descuidado ha tenido ó celebrado en este bendito mes sus aperturas, y ejecutado sus *derechos* más *caros*.—Se ha abierto á los intrépidos aficionados (excepto los ancianos y muchachos) el circo nacional, con valientes novillos embolados, que les han proporcionado la ocasion de describir parábolas en los aires ó buscar en la tierra su centro de gravedad;—se han abierto á sus piés salones de picadero, donde pueden trotar y hacer cabriolas á su sabor;—se han abierto á sus bocas los montes del Pardo, brindándoles el sabroso y primitivo manjar del Siglo de Oro;—y por último, en el mismo dia en que se abrian todas estas cosas, se abria tambien, por disposicion de la autoridad, la *San Barthélemy* del sustancioso mamífero proscrito en la ley de Moises, ó en términos prosaicos, la matanza *oficial* del ganado de cerda, que proporciona á todo cristiano viejo sus suculentos lomos, sus sabrosas salchichas, embuchados y morcillas;—todo esto amén de que, por costumbre inmemorial y autorizada, era tambien el mismo dia el dia clásico de los buñuelos, hojaldres y panecillos.—¡Qué de aperturas en un mes! ¡Qué de derechos imprescriptibles que disfrutar!

Esto en cuanto á los religiosos, políticos y civiles, movibles y manducables; que no acabariamos si quisiéramos hablar de otros derechos que tambien hemos tenido ocasion en el presente mes de hacer efectivos, v. gr., los municipales, territoriales, industriales y de consumo,—que todos son derechos, si no imprescriptibles, por lo ménos adelantados y obligatorios, que para el caso es lo mismo.

El único de los derechos que nos ha sido negado ó suspendido por la Providencia divina en el presente mes ha sido el de pasear nuestras personas al sol, y regalarnos con el templado ambiente de la primera quincena de Noviembre, que en todos los pueblos de la Europa meridio-

nal, y en Madrid especialmente, es conocida por el título de *el veranillo de San Martin*.—Este año, bendito Dios, merced á algun arreglo ministerial de allá arriba, se ha inhibido de este negociado al santo obispo de Tours, para pasarle quizá al apóstol que cierra la mesada, que sin duda ha sido elevado con esta ocasion á ministro de Fomento, cambiando tambien la denominacion del ramo con el título de *veranillo de San Andres*.—Lo mismo da seguramente para los que sobrevivimos al arreglo; en cuanto á los que fallecieron, ó quedaron cesantes por él, merced á los desapacibles nortes y nordestes del dicho período, pueden descansar en la seguridad de que se tendrán presentes sus servicios y circunstancias para mejor ocasion.

«*De-funciones* (contestaba el alcalde de un pueblo de estas cercanías al interrogatorio del jefe político sobre el movimiento de aquella poblacion) *no ha habido otra que la de San Sebastian*.»—En el presente mes, de funciones no ha habido notables más que la de San Eugenio, que se celebra en este arzobispado atracándose de bellotas en el monte del Pardo;—la de los dias de S. M. la Reina, que la augusta madre solemnizó con un magnífico baile, y la del domingo 23, en que se verificó por el clero y autoridades la solemne rogativa de costumbre por haber entrado S. M. en el último mes de su preñez.

Pero en cuanto á *defunciones* (que era lo que queria preguntar el culto jefe político al lego alcalde de San Sebastian), el mes de Noviembre quedará señalado con piedra negra en los fastos de 1851.—El suave vientecillo nordeste, humedecido con las moléculas níveas del Somosierra, y apellidado *aire de Madrid, que mata á un gigante y no apaga un candil*, reforzado de vez en cuando por los violentos aquilones que desnudan nuestros árboles de sus amarillentas hojas y cubren de escarcha nuestras áridas campiñas, se han llevado de calle multitud de ha-

bitantes de la heroica villa, merced á sus rápidos procedimientos de pulmonías y congestiones fulminantes.—Entre estas desgraciadas ocurrencias ha habido que lamentar la pérdida de várias de las eminencias sociales; de las cuales las más visibles por su posicion fueron : el Excelentísimo Patriarca de las Indias, Sr. Posada; el Sr. Gamazo, último abad de San Martin; el Sr. Miñano, comisario general de los Santos Lugares; la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa y la Excma. Sra. Marquesa de Santa Cruz ; lamentables pérdidas todas ellas respectivamente para la Iglesia, para el Estado, y para la más alta sociedad de la córte.

Ciertamente que la muerte en estos últimos tiempos parece haberse ensañado contra las más elevadas jerarquías.—Todavía no hace más que diez y ocho años que falleció el último rey, y ya toda la grandeza de su córte ha visto renovado su personal, quedando sólo diez ó doce vivos de los titulares de las primeras casas en vida de Fernando VII.—Estos pocos, que todavía le sobreviven, son los venerables duques de Bailén y de Castro-Terreño, el de Híjar, el de Villahermosa y el de Veragua; los marqueses de Malpica, Alcañices, Valmediano y Miraflores, y los condes de Santa Coloma, Cervèllon y Pinohermoso (1).—Pero en cambio han bajado al sepulcro, en este corto período de diez y ocho años (y muchos en lo mejor de su edad), los duques de San Fernando, de Osuna, del Infantado, de Alagon, de Abrántes, de Rivas, de Frias, de Medinaceli, de Alba, de Benavente, de Noblejas, de la Roca, de Montellano, de Granada, de Gor y de Zaragoza; — los príncipes de Anglona y de la Paz; —los marqueses de Santa Cruz, de Santiago, de Bélgida, de Camarasa, de Ariza, de Povar, de Cerralvo, de

(1) Sólo existe hoy el último, Conde de Pinohermoso.

Valverde, de Pontéjos, de Castelar, de Campo-Sagrado, de San Martin, de Monasterio y de Albaida;—y los condes de Altamirá, de Oñate, de Chinchon, de Puñonrostro, de San Roman, de Miranda, de Fuentes, de Bornos, de Montijo, de Campo Alanje, de Toreno, de Corres, de Mora, de Parsent, de Torrejon y de Ofalia. —Esto sólo de los Grandes de primera clase; que si tendemos la vista por los altos personajes religiosos, políticos y militares de aquella época tan cercana, hallarémos haber desaparecido ya de entre los vivientes todos ó casi todos los arzobispos y obispos que asistieron en 1833 á la jura de la Princesa de Astúrias;—los Ministros de los diez años, Calomarde, Zambrano, Alcudia, Salazar y Pinofiel;—los célebres generales Amarillas, Eguía, España, Cartagena, Venadito, Saarfiel, Quesada, Casasarria, Valdés, Llauder, O'Donell, Canterac, Mina, Vives, Eroles, Alós, etc.; — el presidente de Castilla, Puig de Samper; el comisario de Cruzada, Varela, y otros infinitos personajes que figuraron en primera línea en la historia contemporánea, aunque de éstos no hay que extrañar su muerte, por haber sólo llegado á tan altos puestos en una edad avanzada.

Otra generacion, otros principios, otras ideas les han sucedido; y si ahora levantáran de nuevo la cabeza, creeríanse extraños en una sociedad tan diversa, aunque cercana, y apénas en el mismo Senado (panteon de las celebridades políticas) hallarian con quién departir sobre los sucesos y los hombres de su época..... *Sic transit gloria mundi!*